

México 2003. Las corrientes profundas y superficiales de la historia

Alberto Montoya Martín del Campo

¿Qué preguntas podemos hacernos sobre la trayectoria de nuestro país el próximo año?; ¿son las mismas, o diversos grupos, sectores y regiones de nuestro país se plantean diferentes cuestiones?; ¿son las mismas que se hacen los que tienen poder económico y político, y las que se hacen los ciudadanos desheredados, que viven en el margen de la sobrevivencia y la pobreza?

Ésta es la gran cuestión. La nación vive un momento de ruido y ausencia de diálogo profundo, en el que no tenemos referentes significativos para el conjunto de la sociedad. Las agendas son diversas y cada una de ellas tiene pretensiones de universalidad, o por lo menos de falta de reconocimiento de la pluralidad de intereses legítimos en las agendas de los otros.

Hace falta perspectiva y conocimiento históricos. Es necesario que nos apropiemos del futuro como proyecto de nación, para que, a partir de esta identidad, podamos construir consensos y llevar a la práctica los medios indispensables que este proyecto reclama. Es falsa la idea de que todo está determinado y que sólo nos corresponde asimilarnos pasivamente en las fuerzas de la globalización.

El gobierno de la alternancia asumió compromisos sin una visión crítica del pasado inmediato. Integró en un solo discurso simplificador 71 años de historia, sin reconocer las cuestiones de fondo que pueden explicar los cambios y luchas a lo largo de todo este periodo y, en particular, de los últimos 20 años de políticas neoliberales.

En lo político se identificó la alternancia en la Presidencia de la República como el arribo a la democracia plena, olvidando las discusiones nacionales sobre la reforma democrática y social del Estado mexicano. Simplemente se asumió que hemos llegado ya a la democracia. Las consecuencias de la lejanía entre el Poder

Ejecutivo y las fuerzas políticas y organizaciones sociales se ha hecho sentir en limitados cambios y proyectos fallidos.

Se ha negado, en la práctica, que los ciudadanos también eligieron un Poder Legislativo, que ha asumido una mayor iniciativa y protagonismo político, sofocado por el presidencialismo centralizador del pasado. Es indispensable reconocer este equilibrio de fuerzas y gobernar democráticamente en función de un proyecto de nación.

Se ha negado también la discusión nacional sobre una cuestión fundamental para el futuro: sin proyecto productivo la nación no tiene viabilidad. El gobierno del cambio mantiene hasta la fecha el mismo proyecto económico del pasado inmediato, gobernado por las ideas del consenso de Washington.

Este paradigma, profundamente asimilado por nuestras élites económicas, empresariales, políticas e intelectuales, aún prevalece como referente para explicar el presente y definir los proyectos a futuro.

No se ha tomado cabal conciencia de que en los últimos 20 años México transformó su economía política, es decir, la relación entre economía, Estado y sociedad. En este nuevo pacto político, el gobierno mexicano se asume más como un espectador pasivo ante los problemas de la competitividad de la economía nacional y los problemas de justicia social que reclaman una atención de todos los sectores.

Con la idea de acabar con un Estado autoritario y patrimonialista se pasó, en la práctica, a la hegemonía de los capitales globales sobre el desarrollo económico nacional. Se privilegió al capital financiero sobre el sector real de la economía; se rescató a la banca privada y se entregó a la inversión extranjera; se mantiene una política de apertura, sin respuestas propias a las reconocidas asimetrías con las naciones más avanzadas.

Es falsa la oposición entre Estado y mercado: las naciones más avanzadas de hecho establecen una estrecha coordinación y trabajo en conjunto, en el que el gobierno se suma, de manera comprometida y corresponsable con la sociedad, a los esfuerzos productivos de la sociedad civil. En México se gobierna todavía con la inercia del burocratismo que se pone por encima de la sociedad, pretendiendo mandar sin asumir una verdadera corresponsabilidad.


México 2003. Las corrientes...

En la economía global, esta vinculación política de Estado –más allá, e inclusiva de lo partidario– es condición de sobrevivencia, y no sólo de eficacia para gobernar. Por ello es indispensable acelerar esta capacidad de trabajo conjunto.

No obstante, hasta la fecha no hay manifestaciones de las fuerzas políticas, los poderes y las fuerzas económicas, de una disposición para trabajar bajo un nuevo paradigma de desarrollo nacional. Se da por sentado que el modelo de desarrollo no requiere reforma alguna y que sólo es cuestión de administración eficaz y honesta, para que el país salga adelante.

La terca realidad de las condiciones estructurales que impiden alcanzar elevadas tasas de crecimiento seguirá presente el próximo año. Por ello, es indispensable promover los procesos de toma de conciencia, de discusión ética y racional de alternativas, de búsqueda de buena fe, con base en argumentos de opciones de desarrollo.

El tiempo histórico se acelerará el año próximo en virtud de los procesos electorales para la renovación de la Cámara de Diputados, de gubernaturas y presidencias municipales. Si se vuelca la atención a las realidades de fondo, los procesos democráticos contribuirán a su solución; si por el contrario todo evento es aprovechado para estigmatizar y lapidar en la comunicación pública a los adversarios partidistas, la cohesión nacional puede sufrir graves riesgos e incluso presenciar eventos, momentos y lugares de ingobernabilidad.

Es tiempo, por tanto, para la reflexión, la ética, la propuesta, la imaginación y el reconocimiento de que la nación es responsabilidad de todos, la construimos todos y es para todos. 

Preguntas para dinamizar los grupos

1. ¿Cómo poder lograr que los interesados se encuentren y dialoguen sobre las diversas opiniones económicas?
2. ¿Es viable el actual proyecto productivo nacional?
3. ¿Qué relación tiene de hecho la economía con la sociedad y con el Estado?